

# 5 Recuperando la agenda griega del conocimiento: Platón e inteligencia artificial

Guillermo Díaz Durán, Instituto de Formación Docente de San José, guilledd23@gmail.com

## Resumen

Durante más de dos mil quinientos años filósofos, artistas, poetas y científicos en general se han interesado por la relación entre los procesos de la mente y el conocimiento hasta el punto de fundamentar teorías que vinculan la inteligencia con una realidad suprasensible, o como el producto de complejísimo procesos evolutivos, o como la capacidad de pensar, argumentar, crear, simbolizar, establecer relaciones, inventar, etc.

Todos estos procesos han llevado al hombre durante la segunda mitad del siglo XX a crear una nueva ciencia de la mente, la ciencia cognitiva que desembocará a principios de nuestro siglo XXI en la fundamentación del conocimiento a través de la inteligencia artificial, fuertemente defendida por unos pero a su vez fuertemente criticada por otros.

Podría afirmarse que la historia de la inteligencia artificial comienza en el siglo V a.c. cuando Platón cita un diálogo en el que Sócrates le pregunta a Eutidemo acerca de cuál es la característica de la piedad que hace que una acción se pueda considerar como pía para que así la observe y le sirva de norma para juzgar sus acciones y las de otros.

Resulta evidente que para poder delimitar las más importantes ideas sobre la inteligencia artificial como profundos procesos de complejización de nuestros sistemas mentales para poder abordar la naturaleza del conocimiento, las matemáticas son el puntapié inicial y esto lo trabajó exquisitamente Platón haciendo una apología de la matemática.

No olvidemos el emblema que rezaba en el frontispicio de la Academia: “*Qué nadie entre aquí si no es geómetra*”. Así, la matemática resulta la ciencia de la medida que nos ha colocado en el camino de lo inteligible. La inteligencia artificial debe contar con la formalización matemática en tres grandes áreas que son a saber: computación, lógica y probabilidad.

Los esfuerzos de la inteligencia artificial están encaminados a la construcción de entidades como a su comprensión, pero, ¿estas “entidades” inanimadas podrán sustituir al hombre cuya inteligencia natural ha tardado tanto tiempo en llamarlo “homo sapiens”?

## ¿Cómo conocemos?

En nuestro joven siglo XXI, las sociedades moldeadas por la ciencia y la tecnología enfrentan en sus propias prácticas computarizadas interrogantes que conciernen a la mente, al pensamiento, al cerebro, como por ejemplo: ¿es la mente un manejo de datos, información?, ¿es también el cerebro procesamiento de información?, ¿puede una máquina pensar, comprender el lenguaje? Se trata en este caso de problemáticas que afectan a la vida de las personas y que no se limitan al terreno teórico, sino que por el contrario encuentran sus raíces en la praxis social. El viejo problema filosófico de la mente y el conoci-

miento ha entrado, en nuestros días, en una fase de investigación que se conecta con la tecnología, que permitió la creación de las computadoras, con la teoría cibernética que le sirvió de base.

Hoy se llama a este campo “inteligencia artificial”, pero vayamos hacia sus orígenes en la antigua Grecia. Howard Gardner<sup>1</sup> hace referencia al programa de trabajo de los griegos diciendo que en el Menón, Sócrates indaga en forma persistente a un joven esclavo acerca de sus conocimientos en geometría. Al principio el es-

1 Gardner, Howard, 1996, “La nueva ciencia de la mente”, Editorial Paidós, Barcelona, España.

clavo se muestra muy bien informado, afirma sin vacilar que un cuadrado cuyos lados tienen dos pies de longitud posee una superficie de cuatro pies cuadrados. No obstante, cuando más tarde Sócrates le pregunta cuál sería la longitud del lado si la superficie del cuadrado fuera de ocho pies cuadrados, se pone de manifiesto la total confusión del esclavo, quien no advierte que ese lado debería ser igual a la raíz cuadrada de ocho.

El diálogo se centra en torno a muchas preguntas y respuestas, a la manera de Sócrates y gracias a este intercambio, el filósofo logra extraer del esclavo el conocimiento de que un cuadrado de cuatro pies de lado tendría dieciséis pies cuadrados de superficie y que gracias a determinados procedimientos geométricos, puede inscribirse dentro de él otro cuadrado de ocho pies cuadrados.

Así, Sócrates logra demostrar para su propia satisfacción y la de Menón, amo del joven, que éste posee dentro de sí todo el saber necesario para calcular las diversas relaciones geométricas que entran en juego.

Este relato representa más que una indagación acerca del grado de conocimientos de un joven esclavo. En realidad se hizo una prolongada reflexión sobre la naturaleza del conocimiento que podemos traducir en una gran interrogante: ¿de dónde proviene, en qué consiste, cómo está representado en la mente humana? De esta manera se propuso una teoría específica sobre el conocimiento humano.

Para Platón la matemática y las ciencias exactas por ella engendradas constituían el dominio por excelencia del conocimiento. Las formas más puras del conocimiento eran arquetipos idealizados de los que sólo podía tenerse un mero atisbo en la realidad mundana. Se afirmaba que la comprensión de las cuestiones geométricas y de los asuntos propios de un saber genuino, ya estaba instaurada en el alma humana desde el nacimiento, y que la enseñanza, como lo puso de manifiesto en el Menón, consistía simplemente en traer a la conciencia este saber innato (reminiscencia = conocer es recordar). El interés de los griegos por el conocimiento se constituye como el pilar fundamental para poder comprender la realidad como proceso dinámico y complejo que se manifiesta a través de un lenguaje cargado de símbolos, imágenes y representaciones que afectan el mundo humano y el universo en su totalidad. La necesidad de responder a las grandes interrogantes por el Universo, su armonía y perfección llevaron a muchos filósofos y científicos griegos de la antigüedad a tratar de comprender la esencia del Universo, los mecanismos de la mente, el desarrollo del pensamiento, la organización de la polis, el comportamiento moral y las tradiciones

mitológicas a través del relato de los mitos y la magia.

Desde hace más de 2600 años, el hombre viene preguntándose acerca de la inteligencia, la génesis del conocimiento, qué significa saber algo, tener una creencia exacta, o por el contrario ignorar, equivocarse. Se procura comprender no sólo lo que se conoce (los objetos y sujetos del mundo exterior), sino a la persona que conoce, sus mecanismos de percepción, de aprendizaje, memoria y racionalidad. Se ponderan las diferentes formas de saber, ¿de dónde viene el conocimiento, cómo se lo almacena y se recurre a él, cómo puede perderse?

Para Gardner, la agenda griega del conocimiento se constituye como la base fundante de la ciencia cognitiva. Los científicos cognitivistas, al igual que los antiguos griegos formulan hipótesis acerca de los distintos vehículos del saber, por ejemplo: ¿qué es una forma, una imagen, un concepto, una palabra? Reflexionan acerca del lenguaje, advirtiendo el poder y las trampas que entraña el uso de las palabras y su posible influencia directriz en los pensamientos y creencias.

Así, la ciencia cognitiva como “nueva ciencia” se remonta a los griegos en cuanto al interés de sus miembros por revelar la naturaleza del conocimiento humano. Los científicos cognitivistas han adherido plenamente al uso de métodos empíricos para la verificación de sus teorías e hipótesis, a fin de volverlas susceptibles de refutación. Sus preguntas fundamentales no son una mera repetición del programa de trabajo que se fijaron los griegos; han surgido nuevas disciplinas como la inteligencia artificial y nuevas interrogantes relacionadas a la capacidad potencial de aparatos construidos por el hombre para pensar. Los científicos cognitivistas han abrazado los avances científicos y tecnológicos más recientes en una variedad de campos disciplinares. Ocupa un lugar central la computadora, esa creación de mediados del siglo XX que promete cambiar la concepción del mundo en el que vivimos y nuestra imagen de la mente humana y sus acciones éticas sobre el otro y la naturaleza.

Según Mabel Quintela<sup>2</sup>, durante siglos se tuvo una comprensión espontánea o se participó de una concepción filosófica definida sobre la mente y el pensamiento, según la cultura de la época, pero ahora se abre una nueva perspectiva con la integración de la inteligencia artificial a la vida cotidiana de grandes sectores de la humanidad.

Hoy en día vivimos en una realidad de prácticas sociales computarizadas y el libre juego de imaginación que sobre ellas se construye.

*“Vivimos en un mundo que es ante todo pantalla y red co-*

2 Quintela, Mabel, 1997, “Problemas filosóficos en el imaginario social de nuestra época. Heráclito y la ciencia actual. La inteligencia artificial”, A-Z editora, Montevideo, Uruguay

*municional. ¿Y qué le sucede al sujeto humano cuando su existir cotidiano acontece a través de redes informáticas y orientado por pantallas? Se trata de un sujeto que vive impactado por huellas mnemotécnicas de información e imagen. Un sujeto para el que los objetos tienen más valor de signo (imaginario) que valor de uso o cambio (práctico). Un sujeto que vive en un espacio simulado, tanto en el espacio telematizado privado de su casa, como en el espacio público de la ciudad icónica, repleto de aparatos que hablan y se mueven a partir de una mínima intervención humana. Un nuevo mobiliario se hace omnipresente a través de tres simulacros, tres dobles del cuerpo: para el ojo, la pantalla, la imagen icónica; para el músculo, el robot; para el cerebro, la computadora. La realidad queda sustituida por el relato y la conciencia disminuida no puede distinguir ya entre simulacro y realidad. La información organiza la memoria colectiva de la época y el relato electrónico forma la estructura invisible de la red social*".<sup>3</sup>

Para poder comprender esta realidad de conocimiento y de intercambio de saberes con el otro debemos volver a la agenda griega del conocimiento y específicamente al pensamiento de Platón en relación a la cuestión ¿cómo conocemos?

### Platón y la teoría de las ideas

Para Platón todos los artefactos, incluyendo las obras de arte son copias de algo natural, genuino, original. Por tanto, para Platón decir que algo es artificial es decir que ese objeto "parece ser", pero que no es realmente aquello que imita. Lo artificial es lo meramente aparente, lo único que hace es mostrar cómo es alguna otra cosa. Tomemos el siguiente ejemplo: supongamos que tenemos un ramo de rosas artificiales, sean del material en que estén fabricadas, no son flores en absoluto. Cualquier persona que las tome por flores estará equivocado, engañado por una apariencia, envuelto en una ilusión. Y al ser una imitación, simulacro o copia, son menos valiosas que lo real, y están envueltas por un aire moralmente sospecho a su alrededor, porque quien afirme que son reales estará transitando el camino de lo aparente y lo aparente se aleja del camino de la verdad, quedándose solamente en la doxa. Vale hacer aquí la precisión de que para Platón las cosas fabricadas no son simplemente copias, sino copias de copias, porque de acuerdo con la teoría de las ideas, todas las cosas del mundo son ya copias de sus respectivas ideas. De esta forma, los predicados "natural" y "artificial"

eran conceptos con una carga valorativa para los filósofos de la antigua Grecia; lo natural, creado por la naturaleza, tenía un valor más elevado que lo artificial, es decir lo fabricado por los hombres. Además lo natural tenía otra connotación, representaba lo orgánico, vivo, autónomo; mientras que lo artificial significaba algo inorgánico, sin alma y por consiguiente inferior a las cosas naturales.

Pero, ¿de dónde vienen las cosas naturales, quién las ha creado?, Platón nos habla de un dios artesano, el "демиurgo" que crea de la materia preexistente, la modela y crea las cosas naturales, al hombre, la inteligencia.

Pero además, ¿qué son las ideas?, ¿cómo nos hacemos partícipes de ellas?, ¿cómo conducimos nuestra alma por el camino del conocimiento?

Vayamos a uno de los grandes temas de la filosofía platónica: la teoría de las ideas.

El realismo de Platón no tiene nada que ver con el realismo ingenuo, es un realismo inteligible que erige la idea en realidad, distinguiéndose del idealismo que reduce la realidad a la idea. Si se ha de hablar de idealismo platónico, ello sólo es posible en cuanto los objetos sensibles no son realidades, sino apariencias, meras copias de las ideas presentes en el mundo inteligible. Pero además, hay en Platón un realismo ontológico puesto que el "dios es la medida de todas las cosas" y un idealismo gnoseológico porque es el hombre quien trata de conocer y es necesario que él se despoje antes de su realidad, de lo aparente. De esta manera para Platón la realidad no es un dato, un camino largo y difícil debe conducirnos a ella.

Platón ha planteado después de Parménides y en una perspectiva muy diferente el problema de las relaciones entre el ser y el conocer. Si el ser está puesto, ¿cómo se dejará éste penetrar por el conocimiento que yo podría tener de él? Si parto del "yo pienso", ¿puedo decir que no hay ningún ser independiente de mí al cual se refiere mi pensamiento?<sup>4</sup>

En la "Alegoría de la Caverna"<sup>5</sup>, Libro VII de "La República o el Estado", Sócrates explica a Glaucón la naturaleza del alma con relación a cada especie de conocimiento valiéndose de una alegoría: los hombres son como unos prisioneros encadenados en una caverna subterránea, donde la luz penetra por una abertura hecha en la parte alta y detrás de ellos. Esta luz es producida por un fuego, que no pueden ellos percibir, porque las cadenas les impiden moverse y volver la cabeza. Entre el fuego y los cautivos y delante de la abertura

3 Ferrer, Christian, conferencia dictada en la UDELAR, Montevideo, Uruguay, el día 15 de agosto de 1990, (citado en Quintela, Mabel, "Problemas filosóficos en el imaginario social de nuestra época. Heráclito y la ciencia actual. La inteligencia artificial", A-Z editora, Montevideo, Uruguay, pág. 54.

4 Brun, Jean, 1965, "Platón y la Academia", Eudeba, Buenos Aires, Argentina

5 Platón, Obras inmortales, 1993, "La república o el Estado", Editorial EDAF S.A., Madrid, España

hay un camino, y a lo largo de este camino un pequeño muro, sobre el que aparecen objetos conducidos por hombres, que pasan por detrás. La sombra de estos objetos se refleja sobre el muro de la caverna que miran los cautivos. Estos pensarán que estas sombras son realidades, y si se produce dentro de aquella prisión un eco, siempre que alguno de los transeúntes hable, ¿no creerán los cautivos que son las sombras mismas las que hablan?

Los prisioneros son nuestra imagen, la prisión es nuestro mundo visible. Las auténticas realidades constituyen el mundo inteligible y en los límites de ese mundo inteligible se encuentra la idea del Bien, la cual se descubre sólo con esfuerzo, pero es la fuente de toda luz. Para pasar del mundo sensible al inteligible nuestra alma debe realizar un movimiento de conversión y remontarse hacia su principio. Pero el tránsito es difícil porque nuestros ojos están habituados a la penumbra de la prisión y el pasaje de la oscuridad a la luz nos enceguece. Debido a esto, si se desata a alguno de esos prisioneros y lo obligamos a ascender por el camino escarpado, haría esto con mucha dificultad e intentaría volver al fondo de la prisión y maldeciría a quien ha querido liberarlo. Pero, si con grandes penurias lograra transitar el camino dialéctico hacia la luz tendrá que ir adaptando sus ojos poco a poco a la luz y podría representar los cuatro grados del conocimiento que Platón identifica como “eikasia” o imaginación; “pistis” o creencia; “dianoia” o pensamiento y “noesis” o inteligencia pura.

De esta manera se hace una distinción entre el “mundo sensible” y el “mundo inteligible” que se corresponden con la “doxa” u opinión y la “episteme” o conocimiento.

La **opinión** aparece dividida en: imaginación o conjetura, referida a sombras o reflejo de cosas y **creencia** que es la opinión que no se justifica por un razonamiento riguroso y que se refiere a los objetos del mundo sensible.

En el nivel de **inteligencia**, Platón distingue entre: **pensamiento** o conocimiento discursivo, propio de las matemáticas y de las ciencias exactas como la música y la astronomía, que emplean un método hipotético y **conocimiento** dialéctico que corresponde al saber riguroso que sólo se refiere a las ideas y que se remonta a un término primero que se impone por sí mismo a todo pensamiento y del que puede deducirse todo, al cual Platón identifica con la Idea del **Bien**.<sup>6</sup>

Es indispensable comprender que estos dos mundos

son, a la vez, separados y uno. Para Jules Lagneau “*el mundo inteligible no es una especie de reproducción o paradigma del mundo sensible, en el sentido propio, sino ese mundo visto por el espíritu a través del espíritu mismo, es decir, esclarecido a la luz moral, que toma un significado y una realidad superiores por la relación en que es colocado con respecto del Bien concebido, querido y puesto como el único ser digno de ese nombre, independiente, fundado en sí mismo*”. (“Les écrits de Jules Lagneau”, París, 1924)<sup>7</sup>.

Resulta interesante ver como según Platón, las ideas y el modelo sobre el cual el Demiurgo ha formado el mundo se corresponden con la eternidad, mientras que los hombres están arrojados en el tiempo.

Este es un concepto por demás interesante a la hora de ver como el tiempo se presenta como otro problema central en la evolución de la humanidad; pues, en el caso de la evolución de la inteligencia, el desarrollo de la ciencia y su aplicación por medio de la tecnología no han logrado superar las barreras de la cotidianidad para entrar en el camino del bien común.

El hombre, que a través de su inteligencia y sus avances científicos ha podido dilucidar grandes misterios y descubrir la “verdad” en ciertos campos del conocimiento, no ha podido superar la corrupción, la destrucción y la decadencia.

Con Platón estamos frente a una realidad de conocimiento que se apoya en la naturaleza del alma como único camino para poder liberarse de las ataduras materiales y lograr la dialéctica del conocimiento.

Nosotros no conocemos la época de Cronos, donde todo iba en el sentido del progreso y del mejoramiento, estamos arrojados en el tiempo que destruye y disloca todas las cosas. La filosofía de Platón no es una filosofía del progreso porque el hombre no puede dominar al tiempo. Todo debe ser constituido conforme con su modelo, de una manera permanente y definitiva.

Se puede decir, en parte, que por este motivo, Platón vuelve al misticismo anterior al siglo VI a.C. y expresa que es mejor pensar en el universo y la naturaleza que experimentar en ellos.

Así, la inteligencia es una y superior y ella contiene la única idea modélica de todo lo que existe en la naturaleza y el universo. De esta manera la sociedad y el Estado deben guardar el orden absoluto de la idea del Bien, aquella de la cual es partícipe el hombre por medio del conocimiento del alma que por su carácter inmortal aspira siempre a lo bueno, bello y justo en sí, propio del Bien y cuyo parangón lo encontramos en el Sol en el mundo sensible como generador de luz, calor y vida.

En el Teeteto o de la ciencia, Platón distingue entre

6 Caballero, Marcial, de Echano, Javier y otros, 1992, “Noesis” Historia de la Filosofía, Ediciones Vicens Vives S.A., Barcelona, España, pág. 68.

7 Brun, Jean, 1965, “Platón y la Academia”, Eudeba, Buenos Aires, Argentina, pág. 16

la creencia y el conocimiento por medio de la justificación; cuando Sócrates pregunta a Teeteto acerca de la naturaleza del conocimiento, éste afirma en primera instancia que el conocimiento es igual a percepción. Teeteto admite la imposibilidad de percibir por medio de una facultad como el ojo lo que se percibe por medio del oído. En un saber común o cotidiano nos encontramos con percepciones, como pueden ser los sonidos o los colores y cuyas formas de identificación se dan gracias a nuestros órganos de los sentidos que son auxiliares, pero la pregunta trata de esclarecer por medio de qué órgano opera la facultad que te da a conocer lo que tienen en común todas las cosas y éstas en particular, como el “es” y el “no es” con el que te refieres a ellas<sup>8</sup>.

En este momento es cuando se cae en la cuenta de que el conocimiento no tiene como medio únicamente a los sentidos puesto que debería haber algo que captara la unidad y pluralidad, semejanza y desemejanza, identidad y diferencia y al ser y el no ser. Sócrates vuelve a interrogar a Teeteto preguntándole ¿qué es pues, lo que ayuda a conocer? Luego de analizar la pregunta Teeteto responde que es el alma la que examina por sí misma lo que es común a las cosas.

De esta manera, la verdad de algo no se puede conocer sin antes conocer la de su ser y tampoco se puede saber sin alcanzar la verdad. Así, Sócrates afirma que “el saber no radica en nuestras impresiones, sino en el razonamiento que hacemos acerca de ellas. Aquí, efectivamente, es posible aprehender el Ser y la Verdad, pero allí es imposible”.

Platón precisa que “las cosas múltiples son vistas y no concebidas, y que las ideas son concebidas y no vistas”. Entonces es la causa que sirve de modelo a los objetos cuya constitución está inscrita en la naturaleza desde la eternidad.

Surge aquí una reflexión que podría marcar un nuevo punto de partida para comprender la relación entre los procesos de la mente y el origen del conocimiento en el entendido de que para Platón el verdadero conocimiento está en las ideas y que “conocer es recordar”. Si es así, pensar en la posibilidad de una inteligencia que todo lo conciba nos lleva a afirmar que los vínculos entre pensamiento y lenguaje, inteligencia y resolución de problemas, aprehensión del conocimiento y verdad están íntimamente ligados a la concepción de conocimiento como descubrimiento. Que todo está en ese “nous” absoluto, perfecto y que a través de la experiencia vamos recordando.

De esta forma, la nueva ciencia cognitiva, tal como

lo afirma Gardner en su obra “La nueva ciencia de la mente”, está apoyada en principios racionalistas y empíricos a la vez, permitiéndole conocer cómo ha evolucionado la inteligencia humana hasta llegar a un avance de la ciencia tal que pudiera representar el mundo de las cosas y la necesidad de trascendencia de lo humano por medio de la inteligencia artificial.

Pero para Platón esto representaría un peligro extremo, pues la necesidad del hombre de lograr el conocimiento no debe estar apoyada en la observación empírica de la naturaleza puesto que esta se deja percibir por los sentidos sólo en parte y su verdadera esencia se encuentra en el conocimiento del alma que, por medio de la intuición racional llega a captar las cosas en sí.

Entonces, ¿podría el hombre lograr una comunicación con las cosas en sí por medio de una inteligencia artificial que solamente expresara una realidad mecánica por medio de la resolución de situaciones dadas por el propio hombre y que en definitiva respondiera a una parte de las inquietudes iniciales desde su propia racionalidad?, o ¿es que tendríamos que volver a aquellas primigenias explicaciones basadas en los grandes mitos de la antigüedad que dieron explicación a preguntas vinculadas con el origen del cosmos, los dioses, la naturaleza y el hombre?

Pensar en el orden y armonía del cosmos a través de la matemática y la música, como ya se ha expresado con anterioridad, es el único camino posible para transitar el camino de la verdad. Platón buscaba que el conocimiento y reflexión sobre el mundo permitiera mejorar la convivencia y la organización de los seres humanos. A esa mejor organización, el filósofo la llama “justicia” y se traducía en la organización de la polis. Por este motivo, los que gobiernen la polis son aquellos que están más cerca de la contemplación de las ideas (hombre filósofo) y que los que defiendan esta comunidad sean aquellos que tienen un ánimo y un coraje más decidido (hombre guerrero), el resto de los ciudadanos puede dedicarse al comercio, a la producción y a seguir las pautas y directrices más a o menos geniales del areópago, quien cuidaba la observancia de las leyes y la administración de la polis.

Para Platón, el alma racional es quien conduce al hombre por el camino del bien ajustando las riendas de las pasiones, apoyándose en las buenas pasiones del alma y doblegando aquellas que son negativas y tratan de satisfacer los apetitos del cuerpo. Así, conduce el auriga al alma por el camino del conocimiento y la contemplación. La inteligencia es una y debe ser contemplada al menos, en su resplandor para hacer al alma partícipe de la verdad.

## Inteligencia Vs. Inteligencia artificial

Pero esa inteligencia artificial creada por el hombre no es más que una representación de la realidad, más aún es “teknè”, algo creado por el hombre en un estado de evolución de la ciencia y la técnica capaz de concebir una máquina que ejecute sus órdenes pero que carece de autonomía y libertad.

Si los programas de las computadoras de hoy se construyen, poseen inteligencia artificial, la pregunta al respecto es: ¿pueden pensar las computadoras?, ¿en realidad piensan?

Muchos filósofos y científicos actuales argumentan afirmativamente, en tanto que otros lo hacen negativamente.

Científicos y filósofos que actúan dentro del campo de la inteligencia artificial sostienen que las computadoras pueden pensar, que de hecho lo hacen.

Pero veamos que respondería Platón, si en nuestro siglo pudiera compartir los avances de la ciencia y la tecnología aplicados a la ciencia del conocimiento. Es cierto que se asombraría por tan complejos logros, pero se preguntaría inmediatamente acerca de las respuestas a aquellas grandes interrogantes gnoseológicas y epistemológicas en torno al cosmos, la naturaleza y el hombre.

El cerebro humano no es un ordenador y la mente no es un programa, pues si estuviésemos programados nos comportaríamos todos de la misma manera, y ni siquiera el demiurgo modeló a la materia creando copias exactas de la realidad del mundo inteligible. Por ello volvería a llegar a la conclusión de que las cosas naturales son más perfectas que las cosas artificiales y que todo lo que es fabricado por el hombre es una copia de una copia de lo real.

Así, la analogía entre el cerebro y una computadora puede ser criticada argumentando más o menos de esta forma: “un ser vivo no es una máquina, nunca se podrá fabricar una computadora que piense en el sentido en que pensamos las personas, porque simplemente, si se lograra, no se trataría de una máquina sino de un androide, y los androides sólo existen en la ciencia ficción”<sup>9</sup>.

No obstante, la analogía entre el cerebro y la computadora es el resultado de un largo y profundo proceso de investigación en el que intervienen múltiples disciplinas científicas, en especial la neurofisiología y la cibernética.

Estas investigaciones tienen su origen en cuestiones fi-

losóficas como ¿qué es el pensamiento?, ¿qué relación tiene con lo físico, en especial con el cerebro?

No basta con reconocer que el cerebro constituye la base material del pensamiento; es necesario explicar los mecanismos por los cuales funciona de tal manera, que permite al ser humano pensar.

En este afán de explicar las interacciones funcionales que existen entre el cerebro y la mente, la ciencia ha creado “modelos” que representan la estructura cerebral y reproducen sus funciones (percibir, almacenar, abstraer, relacionar, etc.)

Para Platón estos “modelos” se encontraban en el mundo inteligible, entonces ¿para qué crear otros modelos que por lo pronto son imperfectos?

Es evidente que el tema de la inteligencia artificial, desde la visión platónica de las ideas como sistema modal de perfección absoluta no tiene cabida en la representación de la realidad. Pero además entendería que el alma se alejaría cada vez más del verdadero camino del conocimiento que consiste en la búsqueda de la verdad por medio de la dialéctica ascendente. Encontraría al hombre de hoy día como enajenado por su propia creación que lo envuelve en un sistema de redes que no le deja pensar por sí mismo para descubrir la verdad y conquistar la libertad conduciendo su vida por el camino de la virtud.

Hoy solamente basta con presionar comandos de ejecución, pero ¿hasta que punto esta realidad no somete al hombre a su propia invención?

El hombre, para Platón, en estas circunstancias sería como esclavo de su propia creación, que en definitiva se corresponde con una categorización del conocimiento dada, como ya se ha citado anteriormente por la “teknè”.

El hombre crea una inteligencia artificial, que si bien patentiza su deseo de permanencia y trascendencia, vuelve en su inquietud hacia grandes interrogantes de carácter existencial: ¿en qué consiste la inteligencia?, ¿cómo la reconoceríamos en un objeto no humano si la tuviera?, ¿qué sustancia u organización se requiere?, ¿es posible que una criatura hecha de metal posea una inteligencia comparable a la humana?

Aunque una criatura no orgánica pudiera solucionar problemas de la misma manera que un ser humano, ¿podría tener conciencia y emociones?

Suponiendo que podemos crear robots con una inteligencia comparable con la nuestra, ¿es ético hacerlos?

9 Quintela, Mabel, 1997, “Problemas filosóficos en el imaginario social de nuestra época. Heráclito y la ciencia actual. La inteligencia artificial”, A-Z editora, Montevideo, Uruguay, pág. 69

---

## Referencias bibliográficas

---

- Brun, Jean, 1965. "Platón y la Academia", Eudeba, Buenos Aires, Argentina
- Caballero, Marcial, de Echano, Javier y otros, 1992. "Noesis" Historia de la Filosofía, Ediciones Vicens Vives S.A., Barcelona, España
- Châtelet, François, 1973. "El pensamiento de Platón", editorial Labor S.A., Barcelona, España
- Ferrer Gemma, Gomis, Clara, 1989. "Platón y Aristóteles", editorial Vicens Vives, Barcelona, España
- Gardner, Howard, 1996. "La nueva ciencia de la mente", Editorial Paidós, Barcelona, España
- Platón, 1985. "Diálogos", Editorial Gredós, Madrid, España
- Platón, 1993. Obras inmortales "La república o el Estado", Editorial EDAF S.A., Madrid, España
- Quintela, Mabel, 1997. "Problemas filosóficos en el imaginario social de nuestra época. Heráclito y la ciencia actual. La inteligencia artificial", A-Z editora, Montevideo, Uruguay
- Russell, Bertrand, 1946. "Nuestro conocimiento del mundo externo", Editorial Losada S.A., Buenos Aires, Argentina